

El Nilo, de cerca de 7000 kilómetros, de sur a norte, contraviniendo la imagen convencional de cómo ha de ser el cauce ordinario de un río. Arteria de vida en un cuerpo momificado, hierático, desolado y misterioso. La vida y la muerte, la esperanza y la desesperación, el principio y el fin... Mirar el Nilo, comprobar la naturaleza de sus aguas, es como leer en el libro de la vida. Lo que fue y lo que será.

Chavalillos menos que adolescentes arribaban al barco en tablas inestables: sirenas cantando canciones españolas con unos ojos abiertos y oscuros como la noche, sonriendo levemente, sin miedo, a cambio de algo o de nada.

El pueblo nubio es una mezcla inarmónica de autenticidad y puro decorado turístico. Las casas y las gentes parecían verdaderas, pero la amabilidad se mostraba teatral y algo monótona, por repetida y previsible. Incluso el cocodrilo. El alarde de primitivismo y digna pobreza resultaba un tanto innecesario porque generan en los viajeros emociones extrañas y encontradas. Lo auténtico y fascinante eran las miradas de los niños que pedían un presente sin saber ni preocuparse por su futuro. Los ojos profundos, inocentes de estos niños sembraban los ánimos y las mentes de congoja e impotencia.

La noche cayó sobre el Nilo, la arteria sustancial de un cuerpo de arena, y el atardecer lleno de sombras iluminó los recuerdos de un día inolvidable y extraordinario. Al fondo, flotando sobre los rizos del agua, navegaban apasionadamente los sonidos intermitentes y lejanos de las rababas.

Conchi Maldonado , Griselda Paños, Julia Martínez, María José Aranda , Paco Gomera y Teresa Fernández.